

ANDALUCIA, HACIA UNA CONCIENCIA REGIONAL

En un proceso que se acelera evidentemente en los últimos meses, Andalucía está encontrando sus señas de identidad regional. De una frustración colectiva al Sur de Despeñaperros motivada por la depresión económica y por el atraso social se ha pasado a la formación de una clara conciencia regional. Conciencia regional y atraso que no han pasado inadvertidos a la Administración. En la rueda de prensa que siguió al Consejo de Ministros del 18 de abril, el ministro de Información y Turismo, don León Herrera Esteban, contestando a la pregunta de un periodista, formuló lo que podría calificarse como entendimiento gubernamental del tema: "Pienso que Andalucía —dijo Herrera Esteban— es una región que sigue gimiendo todavía bajo la losa de su subdesarrollo, y es muy probable que llegue el momento en el que efectivamente el Gobierno deba pensar que ha de volcarse sobre esa media España que gira de Madrid para abajo, y especialmente de Despeñaperros para abajo. En cuanto a lo que dice usted de que contrariamente a ese volcarse en lo económico parece que hay una cierta predisposición para restringir cualquier cosa de tipo regionalista, lo niego rotundamente. Es decir, lo que no se puede hablar es de algo que lleve a la confusión entre regionalismo y cualquier aspecto que directa o encubiertamente trate de otro tema, que es muy distinto, que es el separatismo. Yo creo que realmente el que el separatismo llegue a tener raíces en Andalucía será una cosa muy difícil... Creo que el regionalismo está en la mente de todos, que es algo que tenemos que mantener, y yo diría que incluso que potenciar..."

Cuando Herrera Esteban pronunciaba estas palabras, promovida por las Cámaras de Comercio del Sur, en la Feria de Muestras de Sevilla ondeaba ya (por vez primera desde 1936) la bandera de Andalucía, verde, blanca y verde, junto a la nacional. Días antes, en la sala de plenos de la Audiencia Territorial de Sevilla, un joven abogado pronunciaba una conferencia que venía a ser el primer aporte ideológico para el cuerpo doctrinal del nuevo regionalismo andaluz. Esa conferencia, que tuvo un amplio eco en la región, se titulaba "Andalucía como ámbito de solidaridad". Con su autor, Luis Uruñuela Fernández, hemos sostenido una clarificadora conversación sobre la realidad y el futuro del nuevo regionalismo en Andalucía.

Regionalismo «ex novo»

ANTONIO BURGOS.—Se habla de regionalismo andaluz. ¿Es un regionalismo que resurge o es un regionalismo de nueva planta?

LUIS URUÑUELA.—Yo entiendo que una de las características más acusadas del regionalismo hoy, y



no solamente en España, sino en otros países —piénsese, por ejemplo, en Francia—, es precisamente el hecho de que, como afirma Robert Lafont, se ha producido una solución de continuidad entre los que pudiéramos denominar regionalismos históricos y el nuevo regionalismo tal como hoy se entiende. Es decir, que entre lo que, por ejemplo, en Francia eran los provincialismos tradicionales de corte decimonónico, o en nuestro país los movimientos regionalistas del siglo diecinueve y principios de este siglo, fundados principalmente en razones históricas, culturales, lingüis-

unos veinticinco años, como máximo treinta, se empieza a notar una cierta sensibilidad dentro de los pueblos que toman conciencia de esas diferencias de carácter socioeconómico, aparecidas como consecuencia del desigual desarrollo de unas regiones respecto de otras. Esto hace, como digo, que surja un regionalismo nuevo en un doble

sentido: nuevo porque sus razones lo son, es decir, ya no se trata de factores fundamentalmente culturales, históricos, lingüísticos... sino de razones casi exclusivamente socioeconómicas, y, por otro lado, nuevo también porque realmente nace en un contexto social distinto de aquel en que se habían producido estos regionalismos históricos. Hay, pues, una ruptura entre el regionalismo histórico y el regionalismo tal como hoy se concibe.

A. B.—El regionalismo histórico es romántico en la idea de las patrias y los nacionalismos, y promovido por la burguesía. En cuanto

Antonio Burgos

ticas, y el regionalismo hoy se ha producido una ruptura. Esto es, frente al caso de Cataluña o Galicia, que son regiones que han fundado su regionalismo fundamentalmente en la lengua, o el ejemplo vasco, que lo ha basado, sobre todo, en razones étnicas, aparece un regionalismo que se crea «ex novo», de la mano de una serie de circunstancias de orden socioeconómico que se producen; circunstancias enraizadas desde luego en la historia del diecinueve, porque es precisamente el despegue industrial de este siglo el que produce el desigual crecimiento de las distintas regiones en la industrialización de los países europeos... y determina las diferencias sustanciales que se van a producir entre unas regiones y otras. Aproximadamente hace

a esta idea romántica del nacionalismo y en cuanto a los intereses de clase de la burguesía, ¿qué diferencias encuentras entre el regionalismo histórico y el nuevo?

L. U.—Estoy completamente de acuerdo con el planteamiento que haces. En el regionalismo histórico hay un doble componente: el componente romántico y el componente de la presencia de los intereses de la burguesía en cuanto clase. En este orden creo que existe una gran diferencia entre el regionalismo actual y aquel regionalismo, y por ello, si te parece, debiéramos analizar un poco ese regionalismo histórico de la forma que tu lo has presentado.

A. B.—Pues vamos a hacer el análisis...

L. U.—Lo haremos brevemente.

Para mí el regionalismo histórico, sobre todo en lo que tiene de connotación nacionalista, ha sido eminentemente protagonizado por la burguesía. Yo diría más: ha sido creado y fomentado por la alta burguesía industrial y financiera para la defensa de sus intereses inmediatos y asumido por lo que podríamos llamar una media y baja burguesía... la conocida clase media. Lógicamente, la burguesía ha tenido que revestir al regionalismo de un atractivo romántico para poder presentarlo al pueblo y que éste se identificara con él, ya que el nacionalismo burgués no estaba dispuesto a identificarse con los intereses del pueblo.

«El nuevo regionalismo tiene que cobrar un sesgo totalmente distinto. Las burguesías, en el caso andaluz, están inhabilitadas para asumir este nuevo regionalismo, por cuanto si Andalucía tiene un distinto grado de desarrollo con respecto a otras regiones es porque su burguesía, en su momento dado, no asumió el papel que debió haber asumido. Entonces, esto que tú pusiste de manifiesto y que se ha seguido repitiendo, porque es un hecho innegable, que Andalucía es una región colonizada, no se debe sólo a la colonización por otros países, que la padeció sin duda alguna; es decir, la colonización francesa, la inglesa... Aparte de esa hay otra colonización que es muy importante y que no podemos olvidar: la colonización por otras regiones. Y por último, y aquí es donde quería llegar, existe también una colonización por la propia burguesía; es decir, la burguesía andaluza, al vincular sus intereses a otras regiones donde lógicamente la rentabilidad de los capitales es mayor; al descapitalizar el campo andaluz, porque los excedentes de este campo —y eso lo sabemos todos— se han depositado en los bancos y por ellos se han ido a regiones más prósperas... se ha convertido en colonizadora. Si a esto añadimos el hecho de que la alta burguesía andaluza ha asumido las costumbres y los hábitos de la aristocracia agrícola, nos encontramos con una clase que, con las excepciones que siempre se dan, se halla inhabilitada para protagonizar un nuevo regionalismo.

Protagonista, el pueblo andaluz

A. B.—¿Quiénes serían, entonces, los protagonistas del nuevo regionalismo en Andalucía?

L. U.—El protagonista debe ser el pueblo andaluz. Esto lo veo absolutamente claro. Siempre he dicho que el futuro de nuestra región debe ser protagonizado por el pueblo. Será en sus campos, en sus despachos profesionales, en sus fábricas, en sus empresas, en sus

ESTA A LA VENTA

Nº 6

Antonio Garrigues Walker

**HISTORIA DE LAS
ACTITUDES POLITICAS
EN ESPAÑA**

★

Eduardo de Guzmán

**SIGNIFICACION
DEL 1.º DE MAYO**

★

Fernando Martínez Lainez

EL DINERO DEL EXILIO


★

**ANSELMO LORENZO:
UNA VISITA
A MARX EN 1871**


Director: **EDUARDO HARO TECGLÉN**

TIEMPO de HISTORIA
AÑO I • NUM. 6 • 50 PESETAS

EDUARDO DE GUZMAN
**SIGNIFICACION
DEL
1º DE MAYO**



ANTONIO GARRIGUES WALKER
**HISTORIA DE LAS ACTITUDES
POLITICAS DE ESPAÑA**



HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA, por Antonio Garrigues Walker. ● SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO.—LA HUELGA GENERAL DE 1886 EN CHICAGO, por Eduardo de Guzmán. ● EL DINERO DEL EXILIO. EL FANTASMA DEL VITA, por Fernando Martínez Lainez. ● ANSELMO LORENZO: UNA VISITA A MARX EN 1871. ● ANSELMO LORENZO Y SU TIEMPO, por José Alvarez Junco. ● COMO SE INSTAURO LA PRIMERA REPUBLICA EN PORTUGAL, por Juan Eduardo Zúñiga. ● LOPE DE AGUIRRE, TRAIADOR, PEREGRINO Y MARTIR, por Fernando Savater. ● LOS DERECHOS HUMANOS A TRAVES DEL TIEMPO, por Eduardo Haro Tecglen. ● «LA FAMILIA DE CARLOS IV», obra teatral de Manuel P. Casaux. ● TEATRO: Los «corridos» de la Revolución Mexicana. Una entrevista a Ignacio López Tarso. ● «ESPAÑA 1945». ● LIBROS: Historia de una dominación. Un clásico de la investigación americanista. Lucha de clases en la Revolución Francesa. ● CINE: El «affaire Stavisky», por Fernando Lara. ● DEBATE: Unamuno y la guerra civil.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A «TIEMPO DE HISTORIA»	
RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: TIEMPO DE HISTORIA Conde Valle Suchil, 20. Tel. 447 27 00 Madrid-15	NOMBRE Y APELLIDOS CALLE O PLAZA N.º TELEF. CIUDAD PROVINCIA PAIS FIRMA,
PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 500 pesetas. Extranjero: 700 pesetas.	SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números) a partir del próximo número del mes de
Quando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.	Formas de pago <input type="checkbox"/> Adjunto TALÓN BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia» <input type="checkbox"/> Envío GIRO POSTAL núm.

centros docentes y de investigación donde tiene que forjarse el futuro de Andalucía. El regionalismo andaluz, en este sentido, deberá ser doblemente popular: popular en cuanto que el pueblo ha de ser su protagonista y popular en el sentido de que debe orientarse a la protección de los intereses del pueblo. En realidad, lo uno es presupuesto necesario de lo otro; el tiempo del despotismo ilustrado o del Estado «social» ya pasó.

A. B.—Sin embargo, es un regionalismo que parte con un terrible «handicap», que es no tener una cultura vernácula, una lengua propia, sino que aquí se habla la lengua de los colonizadores, la lengua de los castellanos...

L. U.—Yo no estoy de acuerdo en que Andalucía no cuente con una cultura propia, si entendemos por cultura no sólo sus manifestaciones burguesas de tipo superior. Pensar que los andaluces no tienen sus propias costumbres, sus propios planteamientos vitales (la universalidad es uno de los más acusados) nacidos de su historia, también peculiar, es cerrar los ojos a la realidad.

«Sin embargo —no sé hasta qué punto podrás estar de acuerdo conmigo en esto—, la tesis que yo mantengo respecto a la región es que, en última instancia, no se trata de un territorio o de un precipitado histórico; no es tampoco un ámbito donde se habla una determinada lengua o donde se vive una cultura; ni siquiera, desde la perspectiva del nuevo regionalismo, entiendo que una región sea un ámbito donde se da una determinada situación económica de prosperidad o de subdesarrollo. La región es, sin duda, en conjunto, todo ello; todo forma o da cuerpo a la región. Ahora bien, en lo esencial, la región es un colectivo humano unido por una conciencia de solidaridad. Para mí lo importante es que en ese colectivo nazca esta conciencia solidaria, en el sentido de que se llegue al convencimiento de que sólo con el esfuerzo de todos se es capaz de remontar los problemas que la región tenga planteados. Quiero aclarar que al hablar de solidaridad me estoy refiriendo a algo real, algo concreto, no en absoluto a una virtud voluntarista, nacida de un «deber ser», ni a una nueva «idea» motriz de raíz hegeliana o grandilocuente. No, no es eso. La solidaridad tiene que surgir de la conciencia lúcida y realista de los problemas que existen y, sobre todo, de la convicción profunda de que esos problemas no se pueden resolver por unos en detrimento o sin el concurso de otros, sino que todos estamos implicados en el problema y en su solución.

A. B.—La toma de conciencia de la situación de subdesarrollo, ¿ha sido a tu juicio el motor de este nuevo regionalismo en Andalucía?

L. U.—En gran medida, sí. Si lo preguntas como motor, como acicate, o como punto en el que se haya podido enganchar la idea regional, hay que decir que sí; sobre todo tratándose de Andalucía. Andalucía es una región subdesarrollada, y

este subdesarrollo ha sido el factor del que ha podido nacer la conciencia de una solidaridad regional. Esto es cierto. Sin embargo, entiendo que sería peligroso sustentar una idea, regional o no regional, es decir, el montar una comunidad humana sobre la base de algo negativo. Quiero decir que, si bien es cierto que es la situación socioeconómica particular que padece Andalucía la que clarísimamente autoriza y justifica una idea regional, aunque no exista una lengua o una tradición regional claramente definida, hay que buscar un elemento positivo, creador, que aglutine en lo que se ha de construir y no sólo en lo que se padece. En este sentido, insisto, es en el que yo encuentro fundamental que se llegue a crear y a despertar una verdadera conciencia de solidaridad, conciencia de un hacer positivo, que es lo que verdaderamente dará a Andalucía o a cualquier otra región un talante creador.

A. B.—¿No ves que esta lucha por salir del subdesarrollo se «oficialice»? Hasta ahora, a nivel de sindicatos, de ayuntamiento, de diputaciones, de organismos de la Administración han tratado de hacer suya esta voz del pueblo andaluz por salir del subdesarrollo. ¿No existe un riesgo de que la salida del subdesarrollo se oficialice, que no sea el pueblo andaluz quien la protagonice, sino que venga la Administración para encubrir todo esto y en el fondo acabar con ello?

L. U.—Si, eso es evidente. Me vas a permitir que antes de aclarar esta respuesta, te diga que eso que se está produciendo es un hecho muy positivo, y no quiero decir positivo en sí, sino en cuanto a lo que refleja. El hecho de que hoy no sean ya solamente los organismos provinciales o municipales, como tú dices con mucha razón, sino incluso el propio Gobierno el que se preocupe del problema regional, evidencia una cosa: que la cuestión está ahí, que es real, que no es un invento y que es algo que hay que resolver. En el capítulo de las soluciones es donde verdaderamente se inserta el problema que tú planteas. ¿Cómo se puede resolver esto? ¿Es suficiente un conjunto de medidas de tipo económico, de tipo desarrollista o tecnocrático, o, por el contrario, hay que acudir a otras fórmulas de solución? Contamos con ejemplos que nos demuestran que la solución desarrollista no es verdadera solución. Sabemos que Francia ha intentado resolver este problema, que también tiene planteado, por vía administrativo-económica; la famosa regionalización francesa es de exclusiva factura económica y administrativa y, en última instancia, no ha superado uno de los principales defectos del sistema francés, el centralismo, ya que, en gran medida, las políticas regionales no son sino el trasunto de la política central aplicada a las regiones. No se trata de eso. No se trata de que alguien, el Gobierno central, se dé cuenta de pronto de que existe una región que está subdesarrollada y entonces aplique parte de sus esfuerzos al desarrollo de esa región. ¿Qué duda cabe

que esto siempre es sano, porque mejor es algo que nada! Pero ésa no es la solución en el sentido profundo del problema. La cuestión radica en abrir los cauces para que el pueblo se sienta responsable y solidario en la tarea de resolver sus problemas. Para esto no hay más que una solución, y esa solución es política. La fórmula económica o administrativa no es suficiente, hay que llegar al nivel político.

«Por ello, habrá de pensarse en la autonomía de la región, es decir, en el reconocimiento de la personalidad jurídica de la región y en la necesidad de que ésta se vea investida del poder político necesario para arbitrar las formas de solución de sus problemas. Se precisa, pues, de un poder regional con órganos de carácter legislativo, para regular los asuntos de su competencia, es decir, una Asamblea representativa y de carácter ejecutivo, con las funciones que le son propias. Creo que sólo así se podrá construir un proyecto de convivencia en todos los órdenes, económico, cultural, social y político, conforme a las necesidades de la región y en actitud solidaria con el resto de las regiones que integran el Estado español.

Regiones explotadoras, regiones explotadas

A. B.—Personalmente creo, y estarás conmigo, en que el cambio en Andalucía tiene que venir de resultados de un cambio democrático general... ¿Es así?

L. U.—No solamente en ese aspecto, sino en cualquier otro entiendo que lo que haya de ser de Andalucía va de la mano de lo que ocurra en el resto de las regiones de España y de lo que ocurra en el país. Precisamente hemos hablado mucho de solidaridad, y si se habla de un regionalismo solidario en uno de sus aspectos, se quiere decir esto. Hoy día no se puede pensar en el regionalismo como una forma de egoísmo colectivo. Toda región tiene que sentirse solidaria en cuanto está comprometida con las demás regiones en una suerte que no le es ajena. En este sentido entiendo la solidaridad, y, por ello, a la pregunta que me haces la respuesta ha de ser sí. No caben soluciones dentro de círculos cerrados, precisamente en un siglo en el que si de algo hay que hablar es de ruptura de fronteras, no de creación de más fronteras de las que ya existen.

A. B.—En la dinámica de la solidaridad entre las regiones, ¿cómo ves la lucha de regiones, la explotación de las regiones pobres por las regiones ricas?

L. U.—Esta es una cuestión efectivamente latente. La temática modernamente planteada de la «lucha entre naciones» tiene su trasunto a nivel nacional en la «lucha entre regiones», lucha que nace, evidentemente, de una situación de explotador-explotado. Si existen regiones en un determinado país (en el nuestro por supuesto que existen)

más desarrolladas que otras, no es como se pretende hacer ver simplemente porque esas regiones sean más ricas, o debido a esa clásica advocación a la «laboriosidad natural» de una región frente a la no laboriosidad de otras... Si de alguna manera la existencia de mayor o menor riqueza en las regiones es un hecho objetivo, ello no justifica de ningún modo las tremendas diferencias de desarrollo y de nivel económico y social. Lo que ha ocurrido es muy sencillo: por razones históricas y por vías diversas, unas regiones han crecido a costa de otras, de tal manera que el subdesarrollo de unas ha permitido el desarrollo de otras. Volvamos a Andalucía: el capital andaluz ha salido de Andalucía para ser invertido en otras regiones, y no digamos la fuerza de trabajo. Los trabajadores andaluces han producido y siguen produciendo en otras regiones, con lo cual no solamente han potenciado esa tremenda lacra social que es la emigración, sino que han contribuido a la menor productividad de la región andaluza, añadiendo a la descapitalización la desposesión de una importante fuerza de trabajo, normalmente joven y emprendedora, que es la que suele saltar. Como contrapartida está contribuyendo al enriquecimiento y al desarrollo de otras regiones. Añadamos a esto que Andalucía es un magnífico mercado para las industrias de otras regiones y con ello, creo, resulta manifiesto el fenómeno de colonización a que antes aludía.

«Esto nos lleva a otra característica que se da en el nuevo regionalismo y que es complementaria de lo solidario: en regiones deprimidas como la nuestra el regionalismo ha de ser reivindicativo, es decir, ha de exigir de las más desarrolladas concurso y ayuda con base en el título que supone haber contribuido previamente a su desarrollo. Al Estado correspondría garantizar la colaboración de las regiones más desarrolladas con las más deprimidas.

A. B.—Junto a este nuevo regionalismo parece que también hay un brote del regionalismo andaluz anterior a la guerra civil, del «andalucismo» de Blas Infante. De aquellos hoy viejos andalucistas, ¿qué puede ser válido para el nuevo regionalismo?

L. U.—A quienes tú has calificado cordialmente de «viejos andalucistas» correspondió el mérito de hacer oír la voz de Andalucía cuando nadie en el resto del país pensaba seriamente que entre nosotros pudiera brotar un regionalismo. Quienes se creían con el monopolio de la idea regional en España no podían pensar que en Andalucía pudiera surgir otro sentimiento que no fuera el de eterno agradecimiento a quienes nos habían liberado de los «moros», y esto fue quebrado por esos «viejos andalucistas». Hoy, los tiempos y las circunstancias han cambiado, pero, en todo caso, merecen el reconocimiento y la gratitud de Andalucía.

■ Entrevista recogida en magnetófono por ANTONIO BURGOS. Fotos: JOSÉ JULIO.